

Cual los otros de súbita ceguera;
Mas sobre sus cabezas suspendida
Sienten la abrasadora hirviente hoguera.

Y se oyen del temor á los gemidos,
Mezclarse juramentos espantosos,
Y retos insensatos van unidos
A quejas y suspiros lastimosos;
Jamás tan furibundos alaridos,
Lamentos de dolor tan angustiosos,
Ni ayes tan tristes, ni blasfemias tales
Oyeron las cavernas infernales.

En tanto Lot, con su familia entera,
Guiado por los ángeles, camina
Del Jordan por la plácida ribera,
Y hácia el cercano monte el paso inclina;
Mas cansado del susto y la carrera,
Llegando á descubrir ya muy vecina
De Bala la ciudad, así prostrado
Se dirige al Señor que lo ha salvado:

“Señor, Señor, que tu poder mostraste,
Y tu clemencia ya en tu indigno siervo;
Tú, que justo su causa separaste
De la causa del torpe y del protervo:
Ve que al sumo temor que me enviaste,
Y al camino á mis años tan acervo,
No me puedo salvar donde dijiste,
Porque ya el cuerpo débil no resiste.

Mas acá de ese monte se levanta
Reducida ciudad; allí en sosiego,
Pues tu misericordia fué ya tanta,
¡Déjame descansar!—Oí tu ruego,
Le respondió el Señor; con firme planta
Puedes en ella entrar, que yo del fuego
La perdono, y de hoy mas será llamada
Segor, pues á tu ruego fué salvada.”

Mas ya la ira celeste descendía
Sobre la tierra en torbellinos rojos,
Y al terrible rumor, que estremecía
De susto el corazón, atrás los ojos
Volvió la esposa del patriarca impía:
Y al contemplar los túrbidos enojos
De Jehová, de horror petrificada,
En estatua de sal quedó trocada.

CONCLUSION.

Alto en el cielo, el sol sus rayos de oro
Vibraba sobre el mundo,
Derramando en espléndido tesoro
Vida y calor fecundo;

Cuando Abraham, del perezoso lecho
Alzándose al proviso,
A aquel lugar se encaminó derecho,
Do el Sempiterno quiso,

En el día anterior, de su venganza
Anunciarle la hora;
Y caminando va sin esperanza,
Y aun su clemencia implora.

Y llegado á la cima, con tremante
Mirar giró los ojos,
Temiendo ver la pompa fulgurante
De los sumos enojos.

Toda aquella feraz amplia comarca,
Tan opulenta un día;
Todo cuanto Pentápolis abarca,
Es soledad vacía.

Nada se escucha: ni rumor de gente,
Ni el sólito mugido
Del toro, ni del perro el estridente
Doméstico ladrido:

Ni el rugir de la fiera en lo lejano,
Que al cazador avisa;
Ni el grito del insecto en el pantano,
Ni el soplo de la brisa.

Ni el susurro del aura entre las flores,
Ni el murmurar de las tranquilas fuentes,
Ni del viento los tonos bramadores,
Ni el cóncavo rumor de los torrentes.

Solo mira Abrahán en la desierta
Llanura que hay en torno,
De humo y pavesas bocanada incierta
Salir como de un horno.

Y en medio, como en costa solitaria
Acaso surge un faro,
Sola y triste se ve la hospitalaria
Segor, á Lot reparo.

Sodoma, Sebrin, Gomorra, Adama,
¿Dó fué vuestra grandeza?
¿Qué fué de vuestra pompa y vuestra fama,
Y brío y gentileza?

¡Ay! todo pereció.—Mísero ejemplo
De las divinas iras,
El hombre y animal, teatro y templo,
Fuisteis vivientes piras.

Y solo quedan del mortal estrago,
Memoria eterna á los futuros hombres;
Sobre las olas fétidas de un lago,
Vuestro crimen escrito y vuestros nombres.

MARIA,

CORONA POETICA DE LA VIRGEN.

POEMA RELIGIOSO

ESCRITO EN COLABORACION DE

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO (1).

PROLOGO.

AL ESCELENTISIMO SEÑOR

D. MANUEL JOAQUIN DE TARANCON,

OBISPO DE CORDOVA Y SENADOR DEL REINO.

Los autores.

Este venturoso siglo de las luces y de la civilización, en que fué voluntad de Dios hacerme nacer, juzgará que al escribir el presente libro, no he tenido mas objeto que el de una lucrativa especu-

(1) Por causas independientes de la voluntad del señor Zorrilla, no pudo este continuar á tiempo su obra de *Maria*. Los editores, desconfiados de cumplir los compromisos que habían contraído con el público, llamaron, con aprobacion del señor Zorrilla, al señor García de Quevedo, para que continuase en union del primero este poema. Posteriormente, otros acontecimientos entre los cuales ocupó el primer lugar la muerte del padre del señor Zorrilla, impidieron á este ayudar á su compañero, por lo cual, todo lo comprendido en el libro quinto del poema hasta su fin, es único y exclusivamente del señor Quevedo.

(Nota de la edicion de Madrid.)

lacion. El nombre de MARIA, impreso en su primera hoja, y el sagrado asunto de su divina historia esparcido por las siguientes, juzgará que es solo el cebo de que he discurrido servirme para explotar la devocion del pueblo católico de nuestra España; pero el siglo de las luces y de la civilización, á pesar de estos títulos que él mismo se aplica, y de los cuales quiera Dios que no sea ignominiosamente despojado por las edades venideras, se equivoca completamente.

Yo he escrito este libro bajo la inspiracion espontánea de una devocion sincera, concebida desde la niñez á la Madre de Dios, y á la luz de la fé pura y sencilla del Evangelio. He aquí una confesion que el siglo sabio afectará oírme con desdenosa sonrisa, y que yo me complazco en hacerle sin desconcertarme ni correrme. Por el contrario: cáusame compasion contemplar á mi siglo en medio de la fortaleza de su ciencia y de su civilización, sin atreverse á confesar en voz alta sus creencias religiosas, porque teme á su vez servir de mo-
fa á la despreocupacion, ídolo contrahecho y repugnante que él mismo se ha creado, en cuya esclavi-

tud se ha constituido él solo! y al que se ha visto obligado á adorar, para encubrir la vergonzosa verdad de que ha dado la vida á un moástruo, que ha esclavizado á su padre desde el punto en que nació. Yo tengo lástima, y no mielo, á un siglo que proclama la libertad y no osa decir lo que cree su conciencia, por un temor pueril del ridículo, quimera que solo existe en su imaginacion asustadiza, cuando en su conciencia y en su experiencia está plenamente convencido de que *sin fé, sin creencias, sin religion*, no hay prosperidad pública, ni felicidad doméstica, ni ciencia, ni civilizacion, ni libertad. El siglo de las luces no puede ignorar esto: una vez que es sabio, y debe conocer la historia de los siglos que le han precedido, la de todos los pueblos, la de todas las revoluciones le debe de haber convencido de esta verdad inconcusa.

¿Por qué, pues, avergonzarse de practicar los preceptos ó las devociones de la religion en que se ha nacido? ¿Por qué esconder en el fondo de la familia y relegar á la soledad de la alcoba las demostraciones de una fé, á la que no podemos menos de volver los ojos en las tribulaciones de esta vida de tránsito que arrastramos sobre la tierra? Ningun pueblo del universo, ninguna secta religiosa tolerada, tiene empacho en la práctica manifiesta de las devociones de su creencia; solo los católicos en estos últimos años parece que nos proponemos dar á entender que tenemos por pobreza de espíritu las demostraciones exteriores de la fé que profesamos: como si las ciencias, la civilizacion y el progreso social estuviesen en contradiccion con Jesucristo, apóstol y mártir de la igualdad, cuya religion hace libres á los hombres en medio de la servidumbre, del cautiverio ó de la esclavitud. El sábio incrédulo, que sustituye el nombre de Dios con el de la naturaleza ante los espectáculos tranquilos de la creacion, como la presencia de las primeras flores, la salida del sol por encima de las montañas coronadas de nieve, y la alegre vista de las campiñas alfombradas con el movable tapiz de las mieses y aazonadas y los viñedos que comienzan á verdear, busca en su corazon el nombre de Dios y no el de la naturaleza ante los espectáculos mas terribles con que esta le demuestra la omnipotencia de su Hacedor supremo; y en el fondo del camarote de la nave perdida y desarbolada por el huracan, no se acuerda de la naturaleza, en la que causas físicas producen la tempestad que amenaza sumirle en los senos inmensurables del mar iritado, sino de Dios, que puede salvarle de la muerte próxima, y enviar á su alma un rayo consolador de esperanza en las tinieblas de la borrasca. El sábio razonador y el incrédulo filósofo, invocan el nombre de MARÍA con todo el fervor de que son capaces, cuando ven á los marineros del buque en que navegan, abandonar su casco maltratado á la merced de los vientos, y arrodillarse delante de sus escapularios invocando á gritos á la madre del Redentor, entre los rugidos del trueno y á la luz de los relámpagos, únicas antorchas funerales que alumbrarán su sepultura, que ven abríseles á cada momento entre las olas espumosas que se des-

garran bajo sus piés como una frágil tela de seda rasgada por el mercader.

Si la ciencia, pues, y la despreocupacion tienen al fin que acudir con espanto á la luz de sus olvidadas creencias, cuando ven cercana la lobreguez de la tumba, ¿por qué yo, mas cuerdo y mas osado, no he de consignar en un libro las que, en las amarguras de mi existencia, han vertido sobre mi corazon el bálsamo tranquilizador de la esperanza, sosteniéndome para luchar con la incertidumbre del porvenir nebuloso, y las mundanas tribulaciones?

Quando niño, solo y descorazonado, lloraba yo sobre mis pobres versos, pensando en que jamas llegaria un día en que recibiesen el honor de ser impresos, ni menos celebrados, volvía mis ojos arrasados de lágrimas á la imagen de MARÍA, invocando su auxilio para que me ayudase á conseguir una gloria profana, que era la ambicion de mi juventud, y por la que hubiera dado entonces la mitad de los días que me restaban que vivir.—“Si yo lograrse (decía yo á la Virgen en mi infantil desvarío), si yo lograrse un gran renombre que me diera crédito para con mi nacion, yo cantaria tus alabanzas en versos apasionados y cadenciosos, y mi voz los derramaria sobre la atencion de mi pueblo con una majestad y una armonía semejantes á las de un rio fecundador que conduce sus ondas por las llanuras de una vega cubierta de flores.”

¿Y quién dice que Dios no ha otorgado al hombre el cumplimiento de la pueril ambicion del niño, para que el hombre cumpla á su vez la oferta que hizo el niño á su divina Madre?

Por eso he escrito este libro; y creo que cumplo con un deber de mi conciencia, dando esta explicacion á los que tienen *fé religiosa*.

He tenido ademas otra razon, menos santa, aunque no menos poderosa, para dedicarme á la composicion de la presente obra. La revolucion y las tendencias del siglo, franqueando mas ancho y seguro campo al ingenio y al saber, y libertando á la prensa de las trabas que anteriormente la coartaban, debía naturalmente de producir hombres grandes, cuyos pensamientos innovadores y avanzadas teorías cambiaran la faz de nuestra España, abriendo los cimientos del suntuoso alcázar de una civilizadora ilustracion, que debió seguir inmediatamente los pasos de la libertad. Esta era la hora de los grandes acontecimientos y reformas literarias, de las luminosas publicaciones, y de las útiles y necesarias fundaciones de escuelas é institutos, el plantel de nuestra juventud, fecundado al sol de las sanas doctrinas, y regado con los veneros de una sabia y prudente direccion, germinara y se robusteciera en la fé y en la ciencia, para elevar mañana á la nacion al grado de prosperidad y al lugar digno que ocupó en otro tiempo entre las demas naciones de Europa. Pero he aquí el siglo. La guerra civil, sin duda, y causas que á hombres mas sabios pertenece el esconderlos, vinieron á dar en tierra con tan halagüeñas esperanzas. El desórden consiguiente á la division del país lo confundió todo en su torbellino, y dos demonios se levantaron

en medio de este tumulto para desventura nuestra: *el demonio de la especulacion, y el demonio de la poesia*. Del primero, ingenios mas profundos hablarán en su día; del segundo voy á decir yo algunas palabras: yo, que debo de conocer su historia, puesto que, adorador ciego del ídolo devastador, he venido al fin á parar en torpe sacerdote de su deforme templo.

El demonio de la poesia se apoderó de la juventud, y con ella de todas las clases de la sociedad. una voz incendiaria se alzó en el tumulto anunciando que era preciso derribar el edificio viejo de la literatura para reconstruirle: y cayeron las buenas tradiciones literarias bajo el peso de las desenterradas cántigas de los Trovadores, de los romances de Gaiferos y de la multitud de trovas lamentosas, desesperadas endechas y espeluznadoras leyendas que entonces á porfía se publicaron. Innumerables papeluchos aparecieron bajo el nombre de *periódicos de literatura y artes*, embadurnados con grotescos grabados y detestables litografías, los cuales, despues de vivir algunos meses con des crédito de las artes y de la literatura, murieron sin dejar siquiera un recuerdo y sin merecer una lágrima. Uno solo, cuya edicion esmerada y bellos dibujos eran acaso dignos de mas atencion y mejor fortuna, quiso entablar una razonada polémica á favor de las nuevas doctrinas, aunque cediendo tambien á la exageracion y virulencia de la época; pero juzgado con precipitacion, ó desapercibido entre los demas, concluyó su existencia, en su vigor juvenil, sin lograr el fin que se habia propuesto. Los periódicos políticos, á imitacion de los de Francia, abrieron su folletín á las letras, y un nublado de poesías insulsas y de noveluchas disparatadas se introdujo en las familias, para acabar de perder el juicio de los hijos desaplicados y de las hijas marisabidillas y romancescas. Este era tal vez el momento de la regeneracion literaria: este era el crepúsculo que debía haber sido precursor de un día sereno, esplendente y fecundador para la literatura nacional; pero aquí, como siempre, la esterilidad del siglo de las luces sofocó las semillas próximas á dar fruto, y la revolucion literaria, como la política, por intentar remontarse á mas altura de aquella á que podian subir sus tiernas alas, se fatigó por mucho tiempo en inútiles y mal dirigidos esfuerzos. La revolucion literaria, con peor suerte que la política, paró al fin en una vergonzosa bacanal, en la que *el demonio de la poesia* embriagó á la juventud, descarriando ó embotando su talento, y un enjambre de melencoliosos poetas nos desparramamos por la Península para inundarla, hastiarla, y embriagarla á nuestra vez con los desdichados y repugnantes engendros de nuestras imaginaciones calenturientas. ¿Y he aquí el siglo! Ni un solo genio poderoso, ni una voz pujante y avasalladora se levantó en aquel Pandemonium, capaz de acaudillar aquella juventud, falta solamente de una bandera, privada solo de un capitán prudente y audaz que utilizase las fuerzas que realmente poseia. ¿He aquí el siglo! No hubo un piloto que dominase aquella tripulacion desordena-

da, y que asiendo con brío el timon de aquella hermosa nave, próxima á salir del astillero para ser botada á la mar, la condujese majestuosamente sobre las ondas. El tumulto se apaciguó por sí solo, cansado y aniquilado por su mismo desórden: la juventud se desbandó sin gefe, y la hermosa nave de la regenerada literatura se pudrió en la playa, como una vieja é inútil barca abandonada por los pescadores. Los viejos y los maestros de la antigua escuela clásica, sorprendidos por la nueva y turbulenta generacion de poetas, se encastillaron en el silencio, ó se adormecieron en la inaccion indignados ó sobrecogidos. Los jóvenes se lanzaron en alas de su delirante fiebre, y guiados por sus ya viciados instintos, á cantar imaginarios pesares, en composiciones notables solo por sus bárbaras y monstruosas formas; y como para usurpar el título de poetas no se necesitaban años de estudios, certificaciones universitarias, ni testimonios académicos, *el demonio de la poesia* se arrellanó sobre un mismo trono con la guerra civil; y la magistratura, el foro, el ejército y todas las clases de la sociedad se vieron invadidas por aquel turbion de poetastros. Pronto tuvieron los mas que reducirse á ser imitadores de algunos pocos, que procurando salvarse del naufragio universal, llegaron á la ribera asidos á las rotas tablas de las antiguas tradiciones. La reaccion comenzaba á efectuarse, pero necesitaba tiempo; el gusto del público se habia estragado completamente, escaldado su paladar por los acres y venenosos manjares de los sangrientos espectáculos importados de Francia, y mas todavía por la multitud que los parodiadores de aquella horrenda escuela le regalaron. *El demonio de la poesia* estendió su maligna y emponzoñadora influencia hasta la cátedra de la verdad, y tal vez se habló desde el púlpito de la purísima y celestial belleza de las vírgenes y de las mártires, complaciéndose torpemente en las descripciones de sus torneados brazos, de su cuello y hombros velados solo por sus rizados cabellos, y de su encantadora sonrisa, como pudieran describir los poetastros la hermosura impúdica de la dama de un castellano de los tiempos feudales, ó de la favorita de un príncipe musulman.

Tendamos un velo sobre tan insensatas profanaciones: ni á mí me toca ser el denunciador de semejantes abusos, ni estamos ya, á Dios gracias, en aquellos lamentables días.

Basta empero lo espuesto para esplicar otra de las razones que han influido en mí para emprender la composicion de mi libro de *María*. Yo soy uno de aquellos jóvenes calenturientos que se empearon con obstinada tenacidad en penetrar á la fuerza en el templo de la poesia, y amparado por la fortuna y aplaudido por la multitud fascinada, publiqué infatigable volúmen tras de volúmen, escribiendo desenfrenadamente versos, como si fuera cuestion de velocidad ó de ganar el premio de una carrera. Como cae mas fácilmente á las manos un volúmen de una obra mala que consta de veinte, que el único de que consta una obra buena, mi fecundidad monstruosa me puso en moda; fuí mas leído que

otros autores que en conciencia valian mas que yo, y los ciento cuarenta mil versos que llevo publicados me han formado, bien contra mi voluntad, un proselitismo, una escuela á cuya cátedra no he tenido intento de subir jamas: una cohorte de sectarios que sigue mis pasos, que copia mis pensamientos, que imita los metros en que escribo, que se abandona á mis errores y extravagancias, y que pone mis versos á cuestion de tormento para prohibirlos, concluyendo por creerlos parto original de su ingenio, cuando ha conseguido descoyuntarlos alterando su sentido, quitando la armonia á alguna feliz combinacion de palabras, ó destruyendo la solidez de construccion, que logro dar alguna vez á pocos de los muchos que he producido; pero sin que con estas correcciones tuyas gane nunca nada mi primitivo pensamiento, ni en claridad, ni en armonia, ni en robustez, ni en precision. Lo mismo sucede á los demas escritores que han alcanzado por su mérito real y constante laboriosidad la reputacion que yo alcancé por el favor de la suerte y la oportunidad de mi aparicion en la escena literaria; pero mis prosélitos son intolerables, y lo que es peor, infinitos. Considerando, pues, que no debo contribuir á la perdicion de sus almas, como he contribuido (aunque involuntariamente) á la perdicion de sus genios, he determinado variar de rumbo y dedicarme á la poesia sagrada: con lo cual, dado caso que no se aparten de mis huellas, sus rapsodias no ofenderán á la moral, no despedazarán la historia y las tradiciones, no indignarán el buen juicio de las gentes sensatas, que me tomarán al fin por su caudillo voluntario; y al menos sus versos, si los escriben con fé sincera, serán atendidos en el cielo, aunque no sean apreciados sobre la tierra. Acaso sus almas me deberán la dicha de ser bien recibidas en el Paraiso despues de su muerte, y la sociedad me será deudora de un gran bien, puesto que, dando á mi escuela direccion tan santa, mis disci-

pulos la darán buenos y piadosos ejemplos, ya que no bellas y castizas producciones.

Y esta es otra razon de las que he tenido para escribir este libro, y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta esplicacion á los que tienen *fé literaria*.

En cuanto al mérito é importancia que pueda yo atribuir á esta obra mia, poco tengo que decir: los que me conocen saben el poco aprecio en que tengo yo mis escritos. *Maria* es la obra del cristiano, no la del poeta. El poeta la tiene en tan poco como á sus demas obras: el cristiano la tiene en tanto como á su salvacion.

Mi corona poética de la Virgen, ni en su argumento ni en su desempeño, tiene la pretension de la originalidad. ¿Qué dirá el poeta de *MARIA*, que no hayan dicho los Santos Padres de la Iglesia?

Fácil me hubiera sido atestar de notas mi obra, pero no aspiro á pasar por erudito á los ojos del vulgo: los libros de donde pudieran tomarse notas para semejante obra, son conocidos de todo el mundo; y la vida de la Virgen últimamente publicada por el abate Orsini, contiene todo cuanto en esplicaciones y notas puede desear el curioso devoto.

Escaso de ciencia, é insuficiente de todo punto para llevar á cabo el divino pensamiento del libro de *Maria*, declaro que le someto sin restriccion al juicio de la censura eclesiástica; y si mi ignorancia me arrastra á estampar en el contesto de mi obra alguna proposicion, alguna idea ó alguna palabra que no esté en armonia con los dogmas y doctrinas de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, desde ahora para entonces protesto que son involuntarias, que me retracto de ellas, y que quiero se las considere como no proferidas.

JOSE ZORRILLA.

Madrid, 1.º de Enero de 1849.

INTRODUCCION.

Voy á contaros la divina historia
De una mujer á quien el alma mia
Adora, y de quien son nombre y memoria,
Objetos para mí de idolatría.
Bella cual la esperanza de la gloria,
No se aparta de mí noche ni dia
Su casta imágen: mi pasion, mi dueño,
Con ella vivo, con su imágen sueño.

Templo es mi corazon en donde mora:
La conocí y la amé desde tan niño,
Que de mi infancia dividí la aurora
Entre mi madre y ella mi cariño.
Su imágen tuve en mi primera hora
En frente de mi cuna: el desaliño
Del lecho maternal me la dejaba
Ver, y yo por mi madre la tomaba.

Su nombre fué el primero que mi labio
Aprendió á balbucear; nombre tan suave,
Que se le hiciera, al compararle, agravio,
Al son de la agua y al trinar del ave.
La ciencia ruin del Universo sabio,
Otro mas dulce componer no sabe;
Porque es su nombre bálsamo que calma
El mal del cuerpo y el pesar del alma.

La tierra al despertarse le murmura,
Percibiendo la luz del nuevo dia:
Vaga en las nieblas de la noche oscura:
Reposa en un rincon del alma mia.
Yo le invoco en mis horas de amargura,
Le bendigo en mis horas de alegría;
Tres veces cada sol, mi fé cristiana
Le oye del sacro templo en la campana.

Al oír ese nombre soberano,
Satán, huyendo amedrentado, ruge,
Y el alma suelta que apresó su mano;
El mar se duerme, que soberbio muge;
Tórname el huracan aire liviano,
Espira el trueno, que rodando cruje,
Se disipa en la atmósfera la peste,
Y Dios aplaca su furor celeste.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero
Sabe ya que le adoro: yo le he escrito
Mil veces en mis versos, y le quiero
Escribir otras mil. Nombre bendito,
Luz de mi fé, de mi placer venero,
Quiero que halle en mi voz eco infinito,
Quiero que dure mas que mi memoria,
Quiero que alumbre mi terrena gloria.

Quiero que de la tumba que se cave
Para que el polvo de mi ser reciba,
Sobre la piedra funeral se grave;
Quiero que el dedo del amor le escriba
Sobre mi corazon, para que lave
Con su pureza mi maldad nativa,
Porque la tierra á su vital contacto,
Deje por él mi corazon intacto.

Y quiero, al dulce son del arpa mia,
Celebrar á la faz del universo,
De este nombre la santa poesia,
Con voz solemne y cadencioso verso.
Quiero el viento llenar de la armonia
De este glorioso nombre; que disperso
Por sus espacios mi cantar resuene,
Y que su nombre el universo llene.

Azucenas de Abril, dad á mi aliento,
Al pronunciar su nombre, vuestro aroma;
Auras de la arboleda, el suave acento
Dadme del ruiseñor y la paloma,
En palabra al tornar mi pensamiento;
Plantas donde su miel la abeja toma,
Dadme de vuestros jugos la dulzura,
Al hablar de su gloria y su hermosura.

Espirad á su nombre, terrenales
Cantares y profanas relaciones;
Desvaneceros, vientos mundanales
Que embraveceis el mar de las pasiones;
Venid á oírme, y preparad, mortales,
A la luz y al placer los corazones,
Porque en verdad os digo que es su historia
Mas grata que los himnos de la gloria.